

la alegría—. ¡Tengo una hija! ¡Mi hija! ¡Felicidad!  
¡Felicita mía! ¡Rica! ¡Amor! ¡Hija! ¡Mi hija! ¡Hiji-  
ta mía!

Y rompió súbito a reír, a reír, a reír..., y se mu-  
rió. Y ayer la enterramos.

¡Esta porquería de vida!...



## La huerta de San Rafael.

### MACHAQUITO SIN COLETA

Despachado el asunto que le trajo a Córdoba, el *reporter* pasea al sol su aburrimiento por el Gran Capitán, esperando la hora del tren de la tarde, que ha de conducirlo a otra parte.

Como todas las poblaciones en que la gente «está a sus negocios», Córdoba no ofrece distracción al paseante ocioso, que se sabe la Mezquita de memoria y tiene los pies doloridos de dar vueltas por las típicas callejas empedradas en punta. Los cafés desiertos; los Casinos solitarios. Queda el recurso del Club Guerrita que puede ofrecer un rato de conversación entretenida a un aficionado a toros.

Efectivamente; allí hay unos cuantos toreros, en activo y retirados: *Conejito*, *Recalcao*, *Cantimplas*, tres o cuatro *Manoletes*, *Zurito*, *El Patatero*, y qué sé yo cuántos más. ¿De qué van a hablar los toreros sino de toros? ¿A qué, si no, vendrán al Club Guerrita? Oigámosles.

—Manué: Yo sé d'ahí d'uno de Armodova que

quí vendé unos borregos y los da baratos. Mira si te conviene.

—¿Cuántos son?

—No sé. Serán dosientos. Serán cuatrosientos.

Digo yo, ¿eh? Que yo no los ha contao.

—Grasias. Ahora no pueo. ¿Tú no ves que le ha comprao la asituna a Juan Manué?

—A mí me la ofresieron antes y no la quise, y ahora me pesa.

—Pos si la quieres...

—¿Cuánto pides?

—¿Te la vas a quear?

—¡Hombre!...

Veamos estos otros.

—Yo te digo que esa es una finca de lo mejor de por aquí, y que si estuviera en tu lugar ya era mía.

—Se m'hase mu cara.

—Algo bajarán.

¡Ufl A ver por aquí.

—La cebada está que da gloria. Como vengan a su tiempo las lluvias...

—Pero, señores, ¿de qué demonio hablan ustedes? ¿A qué vienen aquí los toreros?

—¿A qué quiere usted que vengamos, cristiano? A tratar de nuestros negocios.

—¿Pero aquí no se habla de toros?

—¿De toros? ¡Déjenos usté ya, que tiempo tendremos cuando llegue la hora!

—Aquí, en el Club, sólo cuando viene *Gue-rrita* y comienza a tirar pullas a unos y a otros se

habla de toros. Es decir, habla él, que los demás escuchamos pa aprender.

¡Vaya!, otra vez al Gran Capitán. Por fortuna, me encuentro con un amigo que me da el noticia.

—¿Ya sabe usted la noticia? *Machaquito*, el recién retirado *Machaquito*, vuelve por un día a los toros. Va a torear una corrida para la suscripción de Galdós.

—¿Es posible? ¿Se lo ha dicho él a usted?

—El, no. Pero anoche lo publicó el diario.

¿Hace falta decirlo? De un salto me planté en casa de *Machaquito*. La puerta estaba cerrada. Llamé, y un tendero de enfrente me advirtió, saliendo a su puerta:

—No hay nadie. Están en el campo.

—¿Muy lejos?

—Un tiro de fusil de Córdoba. Es la primera huerta. San Rafael.

San Rafael, al pie de la Sierra, es un rincón del paraíso. Entre olivos y naranjos, álzase la alegría de una casa que dice paz y felicidad, ante cuya fachada principal dan guardia de honor cuatro copudos naranjos cuajados de fruto. Un jardín, separado del olivar por un poyo lleno de macetas de alelles, claveles y rosas rodea la casa. En el jardín hay un pozo y un lavadero bajo un cobertizo. Unos canarios cantan en sus jaulas haciendo coro a unos nenes que corren y rien llenando el aire con la gloria de sus carcajadas in-

fantiles. Un perrazo, ladrador y juguetero, sale a nuestro encuentro y luego va delante de nosotros saltando y moviendo la cola.

—Periodista de mis pecados—parece decirnos—: ¿Tú crees que después de haber gozado esto se puede volver a lo otro?

—Lo dice el diario.

—Los diarios dicen muchas cosas.

La bella esposa de *Machaquito* sale a recibirnos.

—Rafael no está; pero debè llegar en seguida, porque aun no hemos almorzado. Pase usted y espérole.

Entramos en el despacho del ex torero. Llenan las paredes varios retratos de Rafael «actuando»; pero nada de suertes y estocadas. Rafael, recibiendo una ovación. Rafael, recibiendo otra ovación. Rafael, en otra. Sólo hay una estocada machaquista en un rincón del «cuadro» fotográfico, que reproduce el acto de más valor de *Machaco*: «el corte del pelo».

—Ahora será usted feliz—le dice el *reporter* a la señora de *Machaco*.

—Mucho. Gracias a la Virgen.

—¿Qué vida hacen ustedes?

—Vivimos en esta hermosura, en paz y en gracia de Dios, sin acordarnos de que hay toros en el mundo... ¡Ay!, ¡ya era hora!

Desde la ventana vemos a Rafael, que llega por el olivar, andando despacio, como propietario que

viene recreándose en la fertilidad de sus tierras.

—¿Usted ve qué hermoso es esto?—nos dice así que nos hemos saludado—. ¿Verdad que esto es la gloria? ¡Si viese usted qué bien se está aquí!

—¿Pero usted no tenía antes esta finca?

—Sí; pero ahora me parece más bonita que nunca. No sé qué la encuentro.

—Que ahora es usted otro hombre.

—Mire usted, puede ser. Yo estoy aquí muy contento.

—¿No echa usted de menos nada? ¿No se acuerda de nada?

—Me acuerdo de los amigos; pero echar de menos... ¿qué he de echar de menos?

—Los aplausos; la agitación de la vida de torero...

—Vamos, calle usted ya... ¡pelmazo! Si supieran ustedes lo que eso cuesta, comprenderían lo que esto de ahora vale.

—Pues en Córdoba dicen que va usted a torear una corrida...

*Machaquito* se echó a reír.

—Sí, ya lo he visto; seis miuras para mí solo. Ustedes los periodistas, cuando no tenéis que hacer...

—Con el estoque de los otros matamos los miuras. Pero en esa noticia que corre por los periódicos hay algo que puede empujarle a usted a vestir de nuevo el traje de luces. Se dice que esa corrida sería para engrosar, con los quince o

veinte mil duros que produjera, la suscripción que va a hacerse para don Benito... Y como todo el mundo sabe el cariño que usted tiene a don Benito y el que el glorioso abuelo le profesa a usted...

—Cierto; mucho le quiero y él me quiere a mí; pero...

Rafael se pone serio, quédase un rato pensativo y luego, como el que toma una resolución definitiva, continúa:

—No puede ser. Es muy duro. Decirle a un hombre que se ha ido de los toros de veras, como yo me fuí, que vuelva... No sabe usted lo que es vivir como yo vivo ahora... Mire usted: yo quiero a don Benito como a un padre, es un poner. Por don Benito soy yo capaz...

De nuevo se arruga su frente y vuelve a quedar silencioso. Sus ojos pasean por la habitación, se fijan en la mesa puesta, a la que se arriman dos sillitas de niño; en las flores que alegran el mantel, en el gran bombo niquelado de la lotería con que los felices habitantes de la huerta de San Rafael entretienen la largura de las noches invernales.

Se oyen las risotadas de los niños; una voz fresca, de mujer, canta allá dentro...

—¡Ea, que no pué ser! — concluye Rafael —. Que yo me fuí de los toros pa siempre y que no vuelvo... ¿Cómo le diría yo a mi mujer?... ¡Que no vuelvo, que no vuelvo! ¡Cuando no lo hago por don Benito!... Que me pidan lo que quieran, yo haré lo que me digan; pero atoreá... ¡no pué ser!

—Pues no se hable más de ello. ¿Qué planes de vida tiene usted?

—Ninguno; lo que usted ve. Vivir. Creo que me lo he ganado bien.

—¿Volverá usted a Madrid?

—Todas las primaveras. ¡Digo! Ahora me toca a mí ser público. En cuanto empiece la temporada allí estoy. Y por las noches iré al «congresillo» y me pelearé con todos ustedes por todo lo que me he estado calladito oyéndoles cómo cortaban. Ahora cogeré yo también las tijeras. Ya soy sastre.

Charlamos un rato acerca de la próxima temporada.

—Y de Méjico, ¿qué hay?—me preguntó.

—Todo son glorias, Rafael. Las últimas noticias son que los toreros andan a mordiscos con los toros, y que los toros se llevan en los cuernos los hilillos de oro de las chaquetillas...

—Es que son unos hilillos espesiales—dijo Rafael, riendo socarronamente.

—¿Va usted pa Sevilla?—me preguntó al despedirnos.

—Si Dios quiere.

—Pues si ve usted a Rafael el Gallo dígame de mi parte que le voy a achicar coleccionando gallinas; que tengo ya la mar y un millón de todas clases. Tengo un corral... ¿quiere usted verlo?

Si que quería; pero desde hacía un rato los ojos negros de una niña morena me miraban con

cierto enojo: «¡Este señor no se va y yo teno hambre!»... Y me fui. Nos abrazamos. *Machaquito* miraba complacido, extasiado, como si nunca la hubiera visto, su finca.

—¡Amigo, qué contento estoy! Me parece que ahora vivo de otro modo... ¿Qué sé yo?... Con más alegría; que soy otro, vamos.

—Tiene usted razón, amigo Rafael. Usted no puede volver a torear. Yo no había sospechado la tragedia de su vida hasta este momento; usted mismo tampoco la sabía, y va descubriéndola ahora poco a poco, conforme va conociendo la felicidad, que no podían darle los aplausos ni los clamores de la multitud enardecida.

Y por eso cuando se le habla de volver a los toros al torero valiente entre los valientes, sus cejas se fruncen, su barbilla tiembla, balbucean sus labios, y por su corazón, aquel corazón que se agitantaba ante el peligro, que dejaba tranquilo que los pitones de los toros le cosquilleasen el pecho, pasa una sombra de miedo. El miedo de perder esta paz, esta felicidad a tanta costa ganada.

¿Qué valen todos los aplausos, los vítores y las aclamaciones junto a la canción feliz que ahora entona la esposa del torero, libre de cuidados, rescatada de la intranquilidad y el temor de tantas tardes crueles, mirando confiada al porvenir, que ya es suyo?...

Córdoba, Febrero 1914.



## Los Hermanos del caldo y las Hermanas del chocolate.

COSAS DE MADRID QUE IGNORAMOS LOS MADRILEÑOS

El *reporter* acaba de pasar unas horas de asombro entre unos hombres tan diferentes de los que forman nuestro círculo cotidiano, este mundillo gobernado por las pequeñas pasiones, que ya no duda de que puedan existir en estos tiempos de soberbia y egolatría almas de aquellas que nos descubre el filósofo «abiertas a todos y prontas al bien».

Como no pertenecéis a la legión de los miserables y vuestra pobreza no os ha llevado nunca al asilo de todos los dolores que llamamos hospital, desconocéis el instituto que los desgraciados que forman la población de la ciudad doliente designan con el nombre característico de «los hermanos del caldo».

En las constituciones y ordenanzas que para el régimen de los reales hospitales Provincial y de la

Pasión, de Madrid, dió Carlos III, se habla con encarecimiento de esta institución, «establecida desde el año 1697 en el hospital Provincial, donde se curan los hombres, con el título y advocación de San Felipe Neri».

—«Su instituto—dicen las ordenanzas—es de la mayor edificación, fervor y caridad, se visten de un saco grosero y uniforme, que, encubriendo en mucho los adornos más visibles, como veneras, pectorales, púrpuras y toisones, descubre en todo la mortificación de su genio, los hábitos de su compasión, de su celo y de su piedad, con que asisten, sirven y regalan a cuantos enfermos tiene la casa en aquel día. A este fin se dirigen por salas y, sobre tratarlos con blandura y cariño y confortarlos con santos documentos, les hacen las camas, les mudan la ropa, los limpian, los lavan y les sirven la cena, practicando estas acciones de rodillas.»

\* \* \*

Es una cosa de otra época y de otros hombres; un ambiente tan distinto del que nos rodea, que suspende y confunde el ánimo. En aquel patio del hospital Provincial que tiene al fondo el depósito de los que esperan la hora de ser conducidos al descanso del lecho definitivo, y frente al pabellón de infecciosos levantado por el esfuerzo de sor Ventura, la heredera de aquella sor Larequi, cuyo espíritu caritativo llena el santo establecimiento,

se alza un pequeño edificio, al que está unida una capillita. Es la casa de los «Hermanos del caldo».

En la pequeña portería, sentados en unos bancos y en las escaleras que conducen al ropero, apretándose unos contra otros para no sentir el frío, unos hombres, unos esqueletos, «abrigado» alguno con una viejísima manta, más agujeros que tejido transparente, esperan silenciosos, conversando cada cual con su dolor, a que se reúnan los Hermanos y practiquen con ellos una de las obligaciones de su caritativo instituto. Estos hombres son los enfermos que en este día han sido dados de alta. La miseria es mucha; el invierno, terrible; otros enfermos graves esperan en sus camillas en la portería del hospital a que quede libre alguna cama de las mil y pico que tiene la casa...

A la derecha de la portería, en una reducida cocina, tres hombres, vestidos con un sayal blanco y mandiles azules, friegan, afanosos y callados, las ollas, tazas, platos y pisteros en que ha de servirse la cena a los enfermos. Enfrente, en un pequeño oratorio, paso para el vestuario y la capilla, se calientan en un azufrador las ropas que luego vestirán los enfermos que hoy salen a la inclemencia de la calle y de su casa desamparada..., si la tienen. Las paredes están llenas de letreros que invitan a los Hermanos a la caridad, a la obediencia y al amor de Dios. Uno de ellos les advierte:

«Vista recogida. Profunda atención. Silencio

absoluto. Ciega obediencia. Presencia de Dios. Todo por Jesús.»

Una estera ordinaria cubre el suelo. Todo es pobre, humilde, limpio, austero. Se respira otro aire. Entra uno en otro mundo.

Pasamos a la capilla, que preside la imagen de San Felipe Neri. Frente al altar está la mesa de la Junta, con un crucifijo, y los bancos donde se sientan el «indigno» hermano mayor, el «indigno» primer ministro, el «indigno» tesorero, los «indignos» secretario y contador... En dos largos bancos hállanse confundidos los Hermanos, los novicios, los pretendientes y los aspirantes. Uno de aquéllos lee en un púlpito unas meditaciones del «Contemptus mundi».

A medida que los Hermanos van llegando, visiten un burdo sayal negro, que lleva en el lado izquierdo un corazón ardiente, y se tocan con uno de aquellos gorros de dómine que hemos visto a los cómicos cuando hacen de maestros de escuela. Luego, arrodíllanse ante el altar, y besan una calavera que hay en el suelo, bajo un letrero: «En lo que hemos de venir a parar.»

Pertenecen los Hermanos, según denota su porte, a todas las clases sociales, si bien abundan más los de las modestas, sin duda porque, estando más cerca de la miseria, sienten más vivamente la compasión. Forman en estas filas de silenciosos amantes del prójimo propietarios, industriales, empleados, artesanos, hombres viejos y muchachos jóve-

nes que causa admiración ver aquí a la hora y en la edad de los placeres.

Hay también un sacerdote, al cual, aunque sea premioso o tartamudo, y así ignore los libros escritos y las máximas que en ellos constan, yo diputo por el más sabio y elocuente de todos los predicadores cortesanos. He aquí a Fray Ejemplo, amigos.

En algunas épocas han ejercitado con estos hombres la humildad y la caridad aristócratas de esclarecida estirpe, como antiguamente el duque de Uceda y el conde de Aranda, y en época reciente aquel barón de Hortega, embajador de Portugal en Madrid, que tantas simpatías gozaba en nuestra aristocracia, el cual, mientras aquí vivió, ni un solo día festivo dejó de vestir el burdo sayo de «los Hermanos del caldo», de cuya institución llegó a ser secretario.

Pero, ya, el que lee en el púlpito ha cerrado el libro y baja a ocupar su puesto. El silencio en la capilla es absoluto. Estos hombres están muy lejos de aquí. El Hermano mayor abandona su sitio y pasa por el centro de la capilla, señalando con la mano, sin hablar palabra, a los Hermanos hasta formar tres tandas. Los Hermanos levántanse y se postran ante el crucifijo. El Hermano mayor designa con un nuevo ademán el «Hermano Obediencia», que ha de gobernar a cada tanda y marchará a la cabeza de ella, para volver luego el último, ocupando el lugar más humilde.

En la portería provéense los de la primera tanda de escobillas, ruedos, palanganas, utensilios de limpieza y banquillos, y, en hilera, los ojos bajos y rezando en voz alta la oración del Santo Sudario: «Señor, Dios, que nos dejaste la señal de tu Pasión...», encamínanse a las salas por las galerías, en donde la gente pobre que ha venido a visitar a los suyos les abre paso con respeto y cariño.

—Son los Hermanos del caldo—dicen—, que van a visitar a los enfermos desamparados. Donde vean uno solo, sin parientes ni amigos que rodeen su lecho, se acercará un Hermano, consolará al doliente, lavará, cuidadoso, sus manos y su cara, y si el enfermo lo pidiese, los pies; le cortará el pelo y las uñas; le hará la cama, cuyas ropas depositará con cuidado en el ruedo para que no se ensucien, y, sobre todo, le hablará con palabras de afecto, dando a su desamparo y soledad el mayor consuelo: amor y compasión.

Entretanto, otra tanda, provista de ollas, tazas, platos y pisteros, se dirige a las cocinas en busca de la cena que la Institución confecciona para los enfermos, y van luego a repartirla por las salas destinadas al efecto, acto del cual viene a los Hermanos el título con que vulgarmente se les conoce.

La tercera tanda no sale del edificio; dedícase a vestir a los pobres que este día son dados de alta. Desnudan a estos infelices de los harapos que

llevan, y visten solícitos sus cuerpos flébiles con las ropas que dona la Institución; a los cojos les dan muletas, y a todos, consuelo.

Después sírvales un succulento caldo o sopa, según su deseo—hay que advertir que antes de ser dados de alta los enfermos, comieron al mediodía la comida del hospital—, y los despiden consolados de sus dolores, después de haberles enseñado que si hay en los hombres mucho egoísmo, hay también caridad. Unos somos malos y otros son buenos.

Sin duda, la obra más beneficiosa y de mayor eficacia social que hacen estos hombres abnegados todos los días que los demás destinamos a las diversiones y a la hora en que, atentos sólo a nosotros, alborotamos en los toros, reímos en el teatro o murmuramos en la tertulia del café o del Casino, es ésta de enseñar la fraternidad y el amor a los que deben de odiar mucho porque les falta todo.

\* \* \*

Los Hermanos numerarios del caldo son 72.

«Como las espinas de la corona de Cristo.» No se llega a esta categoría sin hacer sus pruebas porque la Orden es difícil, su trabajo mucho, y ha de ser grande el ánimo para entrar en ella. «No son suficientes ni dignos los motivos humanos que suelen mover al ingreso a algunos, como, por ejemplo, el pasar la tarde tranquilamente, el



evitar compromisos exteriores, el acompañar a otros Hermanos por condescendencia a los santos ejercicios, ni aun la idea misma de asistir a los pobres sólo por ser nuestros semejantes.» Ni aun se les consiente la satisfacción de sus buenas acciones: «Guardarán el mayor silencio y recato en no hacer público el santo ejercicio, aun entre sus propios familiares y amigos, previniéndoles que si en esto se averiguase exceso, serán corregidos con el mayor rigor.»

Antes de ser admitidos como pretendientes, están una temporada, los que desean ingresar en la Institución, probando como aspirantes sus ánimos, y hasta su estómago, en este difícil ejercicio.

Los aspirantes no visten el ropón. Los pretendientes y novicios, sí; pero su sayal distínguese del de los Hermanos en que no lleva el corazón que ostentan aquéllos.

La Institución atiende a sus caritativos fines con la renta de las dos casas conocidas por «las de la bodega», en la calla de Atocha y la que produce las 200.000 pesetas en láminas intransferibles que constituyen su caudal.

Con ello proveen de ropas sus bien surtidos roperos, y confeccionan todos los días de fiesta el caldo de los pobres con doce gallinas, nueve kilos de carne, tocino, hueso, garbanzos, etc.

Como las salas del hospital son muchas, los Hermanos turnan sus visitas a ellas, dando cena cada domingo o día festivo, que son los días en

que practican sus ejercicios, a unos 200 enfermos.

Cuando el Hermano mayor cumple su tiempo de gobierno, pasa a ocupar el cargo más inferior de la Institución.

\* \* \*

A semejanza de este instituto de hombres, hay en el hospital otro, más modesto, de mujeres, que visten un hábito pardo y tocan sus cabezas con un pañuelito blanco de hilo, y «revestidas de compasiones generosas, visitan las enfermerías, consuelan a las enfermas, las levantan, las acuestan, las limpian, las peinan y las lavan, dando la última mano al alivio que les ofrecen con servirles chocolate o algún otro suave e inocente dulce.»

A estas caritativas señoras, cuya fundación data de 1704, conóceselas en el hospital por «las Hermanas del chocolate».

\* \* \*

Lector: seas creyente, dudes o niegues, no puedes regatear tu aplauso, tu admiración y tu agradecimiento a estos hombres que con tal superioridad espiritual practican humildemente la religión del amor y la caridad.

Ayer salieron del hospital unos hombres extenuados, todavía enfermos, a quien la necesidad de otros, aun más miserables que ellos, echaba, no curados del todo, a la calle.

Y al pisar ésta y sentir en sus caras demacradas el bofetón de su hostilidad, en vez de maldecir con un gesto de odio, tuvieron una sonrisa de resignación, porque otros hombres les habían hablado antes un lenguaje de consuelo, enseñándoles que hay todavía bondad en los corazones.

Y allá se fueron los infelices, tristes y resignados, arrastrando trabajosamente los pies débiles, apoyando el cuerpo extenuado contra las paredes.

¿Adónde habrán ido? ¿Cuál sería su lecho ayer? ¿Dónde dormirán hoy? ¿Quién les dará de comer?

¿Por qué, siendo ellos tantos, los hombres buenos son tan pocos?

¡Hermanos!...



## “El Correo”, de Ferreras.

### PERIÓDICOS Y PERIODISTAS

Una mala noticia acaba de entristecernos. *El Correo*, aquel simpático periódico en el que hicimos nuestro aprendizaje periodístico, ha dejado de publicarse.

*El Correo* ha muerto de muchas cosas, según el parecer de las gentes que ayer hicieron a la honradez y limpieza de su historia las debidas solemnes exequias; pero, en verdad, la causa de su desaparición es una: *El Correo* era Ferreras; *El Correo* no ha muerto ayer en realidad, sino el día en que enterraron a aquel periodista ilustre, que, escribiendo tan mal, llegaba pronto y certero al público, porque decía honrada y sinceramente lo que pensaba y lo que debía decir.

Con su limitada circulación, reducida a un público escogido de políticos, de gente conservadora, aunque militase en las filas sagastinas, *El Correo*, verbo del viejo partido liberal, ejerció con-

siderable influjo en la vida política y dirigió muchas veces los acontecimientos.

Un suelto de aquel *Balance del día*, escrito con la desaliñada prosa del maestro, hizo cambiar en muchas ocasiones la faz de la política. *El Correo* era el órgano de Sagasta... y su inspirador muchas veces.

—¿Qué ha dicho don Práxedes?—preguntaban en algunas ocasiones difíciles los amigos de Sagasta.

—Nada. No ha dicho nada. Espera a ver lo que dice *El Correo*.

Y así era. Porque *El Correo* estaba escrito por la mano de un amigo leal, incapaz de una traición; la mano de un hombre sin ambiciones, que, teniendo un claro concepto de las alturas, sabía que no hay ninguna superior a la dirección de un periódico de tanta autoridad por lo mismo que jamás había apelado a esas estridencias con que en vano intentan ganar la consideración de las gentes los que no saben buscarla por el único camino de la seriedad y la honradez.

Jamás desdeñó aquel político sagaz los consejos del periodista, ni éste le ocultó nunca su pensamiento; de donde resultó el salvar muchas situaciones peligrosas en las cuales otros, sin la mano amiga que siempre estaba pronta a ayudar a Sagasta, se hubiesen estrellado.

Todavía está fresca en la memoria de todos, aquella tarde en que D. Práxedes trataba desde la

cabecera del banco azul de enardecer a una mayoría desdeñosa, pronta a declararse rebelde, socavada su disciplina por los manejos de los ambiciosos, de los ruines, de los traidores.

Sagasta, descorazonado por la frialdad con que le oían los suyos, buscaba en vano la frase retumbante que de nuevo se los entregase, y no conseguía sino organizar párrafos vacíos, que aumentaban la hostilidad con que se le escuchaba.

Entonces Ferreras, que, según costumbre, presenciaba el debate en pie y apoyado en la barandilla inmediata al banco azul, gritó al presidente:

—¡El morrión, don Práxedes! ¡Cálese usted el morrión!

Repuesto instantáneamente, iluminado, el viejo liberal, tocóse con el simbólico ros de los progresistas, y entonó aquel hermoso himno: —«Caeré, sí; pero caeré del lado de la libertad...»—con que arrastró a la mayoría y ganó en un momento una batalla que todos, y él mismo, consideraban perdida.

Nadie ignora que Ferreras, rompiendo valientemente contra el miedo social, salvó la vida á Sempau; pero pocos saben que él fué el poderoso, el decisivo, el eficaz auxiliar que la magnanimidad de la Reina Doña Cristina tuvo en su piadoso empeño de indultar al general Villacampa y a sus cinco compañeros, condenados a muerte por la sublevación del 19 de Septiembre de 1886.

El dolor de aquella hija que pedía a todos la

vida de su padre encontró eco en todos los corazones.

En el Ayuntamiento presentó una proposición, que, en primer término, firmaba Becerra, pidiendo clemencia. El Ateneo, el Círculo de la Unión Mercantil, la Sociedad de Escritores y Artistas, todo Madrid, en fin, suscribió análogas peticiones, que también llegaban a millares de provincias. En la plaza de toros aparecieron, durante la corrida del 3 de Octubre, grandes cartelones, en los que se leía: «¡Viva Alfonso XIII! ¡Viva el Ejército! ¡Perdón para los sentenciados! ¡Viva la Reina!», que el público acogió con grandes aplausos.

A las ocho y media de la noche del siguiente día, el general Jovellar, ministro de la Guerra, comunicó a Sagasta la sentencia del Consejo Supremo de Guerra y Marina. A las diez se reunió el Consejo de ministros. La noticia circuló rápidamente por Madrid, y los alrededores de la Presidencia llenáronse de gente.

Hasta las dos de la madrugada duró el Consejo. Contra el deseo de todos y el de la Reina Regente, los ministros estimaron que no debía concederse el indulto.

Al salir fueron asediados por un compacto grupo de periodistas y políticos, entre los cuales se encontraba D. José Ferreras con algunos de sus contertulios de «Viena».

Todos los consejeros, que salieron juntos, como

guardándose unos a otros, dijeron lo mismo:

—El acuerdo ha sido adoptado por unanimidad.

Nada más. Pero ¿cuál era ese acuerdo? Subió entonces Ferreras a la Presidencia y habló con Cañamaque, que era el subsecretario.

—¿Qué hay?

—Que esta mañana a las ocho, los pondrán en capilla.

—¡Oh!, qué impolítico es eso! Don Práxedes no se ha hecho cargo de la situación. ¿Cree que va a conseguir más con la dureza que con la piedad?

Con mayor ansia, con más emoción que la de los ministros, esperaba la gente la salida del periodista, al que rodeó afanosa.

—¿Qué hay? ¿Sabe usted algo?

—Nada. No me han dicho nada.

Y al llegar al final de la escalera, dijo, confidencialmente, a un amigo charlatán:

—¡Indultados!

Con la rapidez del rayo llegó la noticia a todas partes y fué recibida y celebrada con transportes de alegría.

Sagasta puso el grito en el cielo; se indignó, protestó, amenazó, avisó a los periódicos de la mañana para que rectificasen, ordenó la formación de una causa en averiguación del autor de la noticia, de cuya instrucción se encargó el juez Fonseca; entraron en capilla los sentenciados a la hora señalada; pero como el efecto estaba conseguido y no se puede ir contra la fuerza de los he-

chos, en un nuevo y larguísimo Consejo celebrado a la tarde siguiente acordóse el indulto, que hubiera sido una gran torpeza política no conceder.

Tan gran periodista tenía un pobre concepto de esta nueva especie de periodismo de corro, que tanto daño ha inferido a los periódicos. El antiguo salón de Teléfonos, fábrica de embustes donde iban a soltar sus infundios los políticos de enredo e intriga, le inspiraba profunda aversión.

—Si quiere usted ser buen periodista—nos aconsejaba muchas veces—no vaya nunca a Teléfonos, y, si puede ser, tampoco al salón de Conferencias.

Él creía, y creía bien, que el periodista debe hacer solo sus investigaciones, para dar al periódico la nota personal y cálida, que no pueden comunicarle las informaciones hechas en comandita—que hacen iguales a todos los periódicos—, invención de un político listo para copar todos los púlpitos.

Ferreras veía y juzgaba los hechos según sus propias impresiones, y nada variaba la convicción que, a virtud de un juicio desapasionado e imparcial, adquiría.

—¿Quiere usted ver la temperatura?—le decíamos los redactores al recibir a la caída de la tarde las notas que enviaba el Observatorio.

—¿Cuántos grados hemos tenido?—preguntaba.

—Treinta y cinco.

—¡Buenos treinta y cinco te dé Dios! Poned dos graditos más.

Y luego trazaba en el *Balance*, en que recogía todos los sucesos interesantes del día, aquella frase que se hizo célebre:

«Hoy ha hecho más calor que ayer, digan lo que quieran los termómetros.»

*El Correo* hizo jueces, diputados, senadores, subsecretarios, ministros. Ferreras asistía tranquilamente a aquel desfile de ambiciones, sin pensar nunca en abandonar la austeridad de aquel despacho estrecho y pobre, al cual iba todas las tardes a enterarse de los acontecimientos del día y a hacer un rato de tertulia un señor alto que tocaba su cabeza con un sombrero flexible de anchas alas, tenía una mirada viva y penetrante, oía mucho y hablaba poco, y a quien los redactores de *El Correo* saludábamos con respetuoso cariño:

—Buenas tardes, don Benito.

Muerto Ferreras, *El Correo* ha podido sostenerse tanto tiempo por virtud de esa fuerza de la inercia que permite vivir a tantos periódicos inverosímiles; pero aun cuando éste siguió siempre los mismos caminos de rectitud y honradez por donde le condujo Ferreras, ya no fué *El Correo*, ni volvió a hacer ministros ni gozó más de aquella influencia en la vida política que daba muchas veces a los sueltos del *Balance* fuerza de decretos.

Aunque su desaparición era cosa descontada, a nosotros nos produce el mismo doloroso efecto que si nos dijeran que se ha muerto aquel amigo de la juventud para el cual, pese a todas las distancias, ha guardado siempre el corazón el acendrado afecto de los días en que, unidos por igual deseo y la misma esperanza, marchábamos a la conquista del mundo cabalgando en las nubes rosadas de nuestras ilusiones.



## El tango, la furlana y el fandango.

Un gran periódico provinciano, *La Voz de Galicia*, siempre atento a todos los requerimientos de la actualidad, pregunta:

—¿La *furlana* es un baile español?—Y copia, por razón de su pregunta, el siguiente anuncio, publicado en el número del 3 de Noviembre de 1853, en el *Faro de Vigo*:

### «TEATRO

Hoy, a las siete y media de la noche, a beneficio de D. Emilio Alvarez, primer actor del género cómico, se pondrá en escena la pieza en un acto «Ya murió Napoleón». Dando fin con el baile español, *La furlanga*.»

¿Qué hace ahí esa G? ¿Quién la ha puesto? ¿Está ocupando su sitio o se trata de una errata? ¿La «furlana» es un baile de *extranjís*, como diría cualquier culto miembro del extinguido Cuerpo de boleros, o es cosa tan de casa como la *pipironda*, las *calaferas*, el *chairo* o el *pie de jibao*?

—Después de *tó*—acaba de decirnos D.<sup>a</sup> María, la maestra de baile del teatro Real, *tos* los bailes son unos; porque con la danza pasa lo que con las palabras: las letras son las mismas en todas partes; ahora, que las coge un francés y las arregla a su modo; el inglés, al suyo, y acá, al nuestro, y cada cual arma su danza, o su idioma.

Nada tendría, pues, de particular que la «furlana» del Papa y la mengana del bolero incógnito de Vigo sean una misma danza. De Marcel Dupré, fundador del baile teatral francés, y de los bailarines italianos, que establecieron el baile culto, a nuestro Luis Alonso, como de las famosas Taglini Eisler, Lallé Grisi y Prevost a «la Pinchiara», Petra Cámara, Rosita Mauri y Pastora Imperio, no va un *çeaçá* de diferencia. Y ustedes perdonen que no les deslumbre con mi erudición, asombrosa, palabra de honor, sobre el baile, comenzando por las danzarinas de Gadir, sin las que Plinio el joven, no consideraba completa ninguna juerga juergorum.

Para averiguar lo que buenamente se pueda saber del caso de la «furlanga», antes que meternos en las confortables salas de la Biblioteca Nacional a escudriñar en la «Bolerología», de Juan J. Rodríguez Calderón, y en las «Reglas útiles para los aficionados a danzar», de Bartolomé Feriol, o de irrumpir enciclopedia adelante, hemos preferido buscar en los textos vivos, que son más amenos, interesantes y pintorescos, la documenta-

ción necesaria para contestar a la trascendental pregunta del gran rotativo coruñés.

Mas, ¡ay! En vano hemos buscado por todo Madrid uno de aquellos famosos bailarines que hacían pareja a la Pinchiara, a la Trini o a la Petra Cámara y enseñaban los bailes de sociedad a las damitas y a los «señoritos» de la aristocracia; un «bolero» de aquellos que tuvieron su genio en Luis Alonso y sus geniecillos en el Pipirón, Martín Cámara, el hermano de Petra Yébenes, y el maestro Estella. El arte de la danza ha pasado, como era de razón, a ser patrimonio de las mujeres, y, aunque en Madrid abundan los directores de academias de baile, nada tienen que ver con aquellos artistas «sui generis», que lo mismo trezaban un paso difícil en «La Tertulia», «El Cachirulo» o «El pé-same de allá y más», que saltan en el momento culminante de la tragedia, temblorosos y azorados, a decir desde el foro, atragantándose veinte veces y equivocándose ciento:

—¡juirze, zeñore, que vienen los cochinos moritos!

Todos se han ido, y sin el archivo y la amabilidad de las hermanas Ros, yo no podría proporcionar a ustedes estas preciosas noticias que no interesan a nadie, lo cual les da mucho valor.

Las hermanas Ros no tienen la menor noticia de la «furlanga». Entre sus papeles constan una porción de bailes españoles, de pintoresco y absurdo nombre, cuyo recuerdo sólo conservan los

profesionales, y que acaso fuese curioso desenterrar. Las *folias*, la *chacona*, la *gira*, la *gorrona*, *rondeñas*, *tiranás*, las *gambetas*, el *rastrero*, el *pésame de allá y más*, el *villano*, la *pipironda*, el *pollo*, el *guinco*, el *colorín colorao*, el *hermano Bartolo*, el *turdión*, el *pie de jibao*, la *tarrega*, el *zorongo*, el *fandanguillo de Cádiz*, el *charandé*, la *jacarandina*, la *jácara*, el *cachirulo*, la *perra mora*, la *gibadana*, el *escaramán* y otras cuantas camelancias por el orden, amén del *Vito*, las *calaferas*, el *fandango*, el *chairo*, los *panaderos*, el *bolero*, el *u y dos*, el *jaleo gaditano*, el *jaleo de Jerez*, la *locura de España* y la famosísima *gallarda*; pero de la «*furlanga*», ni rastro.

Bien pudiera ello consistir en que antes cada bolero de punta tenía sus bailes propios., o daba a los de todos el nombre que le parecía, para disimular. Es muy posible que la *furlanga* se encuentre en este caso. O en el otro de no saber nada de ello en casa y conocerse por ahí fuera, como ocurre con la *Gitana*, un baile español muy popular en *Hungría de mis amores*, *tierra querida*, del cual en casa tenemos la misma noticia que los húngaros del *Canta vagabundo*. Aparte de que en estas cosas del baile hay que desconfiar de las imitaciones y falsificaciones, como en los específicos. Así, por ejemplo, a las dudas que el periódico gallego hace surgir en nuestro espíritu hemos de sumar las que nacen de habernos encontrado en cierto autor la noticia de que tampoco la

*furlana* es *furlana*, sino el *porlano* o *friulano*, a elegir. Esta vida es una pura preocupación. Con la agravante de que siempre nos coge sin dinero.

Menos mal que en el curso de nuestras investigaciones hemos aprendido que la afición al baile aumenta que es un gusto y que cada día son más las profesionales de la danza y más productiva la coreografía.

—En cuatro años—nos dice doña María Ros—habremos enseñado en la Academia del Real a unas cuatrocientas muchachas, y, fuera de cinco o seis que han preferido casarse, las demás están bailando y ganando sus buenos sueldos.

—Yo creía que era este un oficio mal pagado. Como los sueldos del Real son tan cortitos...

—Son y no son, si tiene usted o no en cuenta que allí se les da enseñanza gratis y que los días de baile son los menos. Pero luego, cuando, ya enseñadas, se contratan por ahí, ganan sus suelditos de seis, ocho y diez duros, según las disposiciones y la gracia de cada una. Hay mucha demanda de bailarinas, no crea usted. De nuestras cuatrocientas discípulas de la Academia del Real, con seguridad no hay en Madrid hoy más de sesenta. Las otras están actuando en provincias, y en África, sobre todo en Tánger. En Tánger hay un diluvio de bailarinas españolas. Y en Melilla son muy frecuentes los chaparrones. Bueno; Méjico y Buenos Aires están inundados.

—¿Es muy difícil la enseñanza del baile?



—Según la disposición de las muchachas. La principal dificultad está en enseñarlas a colocarse. Esto es lo primero que se les enseña, a colocarse y a sonreír. Una bailarina seria es un absurdo. Ya puede usted figurarse el trabajo que esto costará, porque ya habrá comprendido que ninguna viene de los salones de Medinaceli. Luego se les va enseñando los pasos... Vamos, como en la escuela la cartilla y el catón. Después salen, en algunos bailes, en la última fila.

—¿Y después?...

—Después, en cuanto han adquirido esta educación clásica, que es la base, están en disposición de aprender todos los bailes, y la que quiere volar, y ya comprenderá usted que quieren todas, busca un profesor que le ponga los bailes que desea, y a vivir.

—¿Cómo «ponen» ustedes los bailes de las óperas?

—En esto, como en todo, cada maestrillo tiene su librillo. El baile no es como las comedias, que lo mismo dicen los actores aquí que en Valladolid. Según el gusto de cada maestro, así «saca» el baile; lo compone como el que compone un sainete. Después, el ponerlo es cosa más sencilla. Se va enseñando a las chicas poco a poco las mudanzas que hacen, llevando nosotras el compás golpeando el suelo con una «varita». Luego toca la música del bailable un violín para que las chicas la aprendan, y así se pone todo el baile, primero en el

salón y luego en el escenario. Para la enseñanza, es preferible el violín al piano, porque mete menos ruido y se oyen perfectamente todas las advertencias que hay que hacer. Nosotras lo empleamos hasta en nuestras lecciones de bailes de sociedad.

—¡Ah! Pero ¿hay todavía quien va a clase de vals y de polka?

—¡Vaya! Nosotras tenemos muchas señoritas discípulas a quienes enseñamos el *boston*, el *two step* y el baile de moda: el tango argentino.

—¿Pero no habíamos quedado en que el tango argentino es un baile inmoral? ¿Y la condenación del Papa?

—No hay tal inmoralidad. Si el tango argentino, que algunas señoritas de la aristocracia y alguna marquesa joven, con su marido, vienen a aprender a casa, fuese el baile brusco y zafio que dió origen a la danza de moda, estarían muy en su punto los aspavientos; pero ha de tener usted en cuenta que cuando los bailes se elevan de su condición plebeya a otra aristocrática, ganan en belleza y distinción cuanto pierden en brutalidad y ordinariéz.

—¿Y hombres? ¿También los hombres aprenden a bailar?

¡Manes de Luis Alonso y María Jesús! «Hasta duques y marqueses han porqueado en esta sala».

—Espere usted un ratito y verá dar su lección a dos agregados de Embajada, a un suizo, a un alemán y a un inglés muy serio que es el tío más

gracioso que se ha visto. Para que se fie usted de los ingleses del teatro. También vienen algunos señores formales... Esos tienen su hora especial; y una porción de muchachos jóvenes, entre ellos unos cuantos alumnos de ingenieros. Las lecciones de éstos son las más divertidas. Siempre están de broma.

—¿Y cómo saben ustedes los bailes extranjeros nuevos?

—Porque cambiamos con una agrupación de profesores de baile que hay en París. Nosotras les pedimos a ellos sus bailes que nos envían en seguida, y ellos nos piden los nuestros.

—De manera que quedamos en que el tango argentino, a pesar de todas las excomuniones, es más inocente que un candidato sin encasillar.

—Que dos candidatos. ¡Pero si siempre ha ocurrido lo mismo con todos los bailes!... Mire usted: yo, cuando entro en una iglesia y veo que va a haber sermón, me voy en seguida. Sí; porque el predicador se pone a despotricar contra el baile, y a una le da mucha rabia y se la pasan unas ganas tremendas de gritarle: «¿Pero si se acaba el baile de qué va a vivir una, ¡vamos a ver?...» Eso de las excomuniones ha ocurrido siempre con todos los bailes... y luego no ha pasado nada. Ya ve usted el fandango, nuestro gracioso, inocente y no sé por qué olvidado fandango; pues también lo quisieron excomulgar. Mire usted lo que dice aquí.

Y la menor de las hermanas me enseña un libro del cual ni por un millón me deja ver el título, acaso porque contiene algunos secretos del «arte» que no conviene poner a la vista de los competidores.

«La Corte de Roma—dice el texto de referencia—, escandalizada con la indecencia del fandango, había determinado prohibirlo bajo pena de excomunión. Fué convocado para esto un Concilio.»—Concilio y todo, para que luego digan que no somos nadie y que nuestros bailes no han merecido siempre mayores distinciones que este tango argentino de ahora, que «mala centella me fenda» sino se parece la mar y tres tiburones a aquel *agarrao* que bailábamos en casa de Juan en el *illo tempore* de nuestros años jóvenes. En este Concilio había de instruirse el proceso del fandango, según testifica el libro de esta maestra de baile, que es un texto muy serio, aunque no sepamos cómo se llama y quién fué su papá.

Mas de pronto se alzó nada menos que un cardenal e invocó el sagrado derecho de defensa. «No podemos condenar a un acusado sin oírle. Que se baile en nuestra presencia el fandango.»

Y se hizo lo mismo que ahora con la furlana. «Enviáronse al Concilio dos bailarines españoles. La pareja bailó ante la asamblea augusta. El ritmo, la gracia y el ademán picante de los bailarines tardaron muy poco en desvanecer las preocupaciones de los prelados, que seguían con atención

suma los movimientos ondulantes de la bailarina, llevando el compás con sus piadosos pies. Resumen: el fandango fué absuelto.»

Y, sin duda por eso, este baile tan bello, tan gracioso y tan español no se baila ya. ¿No sería cosa de solicitar una revisión del proceso?

Entretanto puede que lo sea de aprender el tango argentino, yendo a la academia a la hora de los señores formales.

Señores, ¡cómo está la formalidad!



## El sepulero y sus guardianes.

Durante la madrugada y la mañana de este Viernes Santo, mi calle, que es casi camino para la romería de la Cara de Dios, ha sido una continua carcajada femenina, inacabable vocear de borrachos, desaforados cánticos y molesto sonar de trompetillas. Cualquiera convence a un extranjero que hoy nos haya visitado de que somos la nación católica por excelencia. La verdad es que por falta de motes no nos hemos de morir.

Sin embargo, mal hará quien nos juzgue descreídos por esas apariencias de bullanga en estos días de recogimiento y misterio. En el fondo de nuestra alma asiéntanse firmes las creencias; pero somos un pueblo triste, que se rebela contra la tristeza y que procura poner una nota de alegría hasta en los momentos más solemnes, y por eso las mantillas, los claveles, y los piropos del Jueves Santo, y los mantones de Manila, los «matasuegras», los churros y el aguardiente de la Cara de Dios.

Además, en el fondo, y en cuanto a las formas